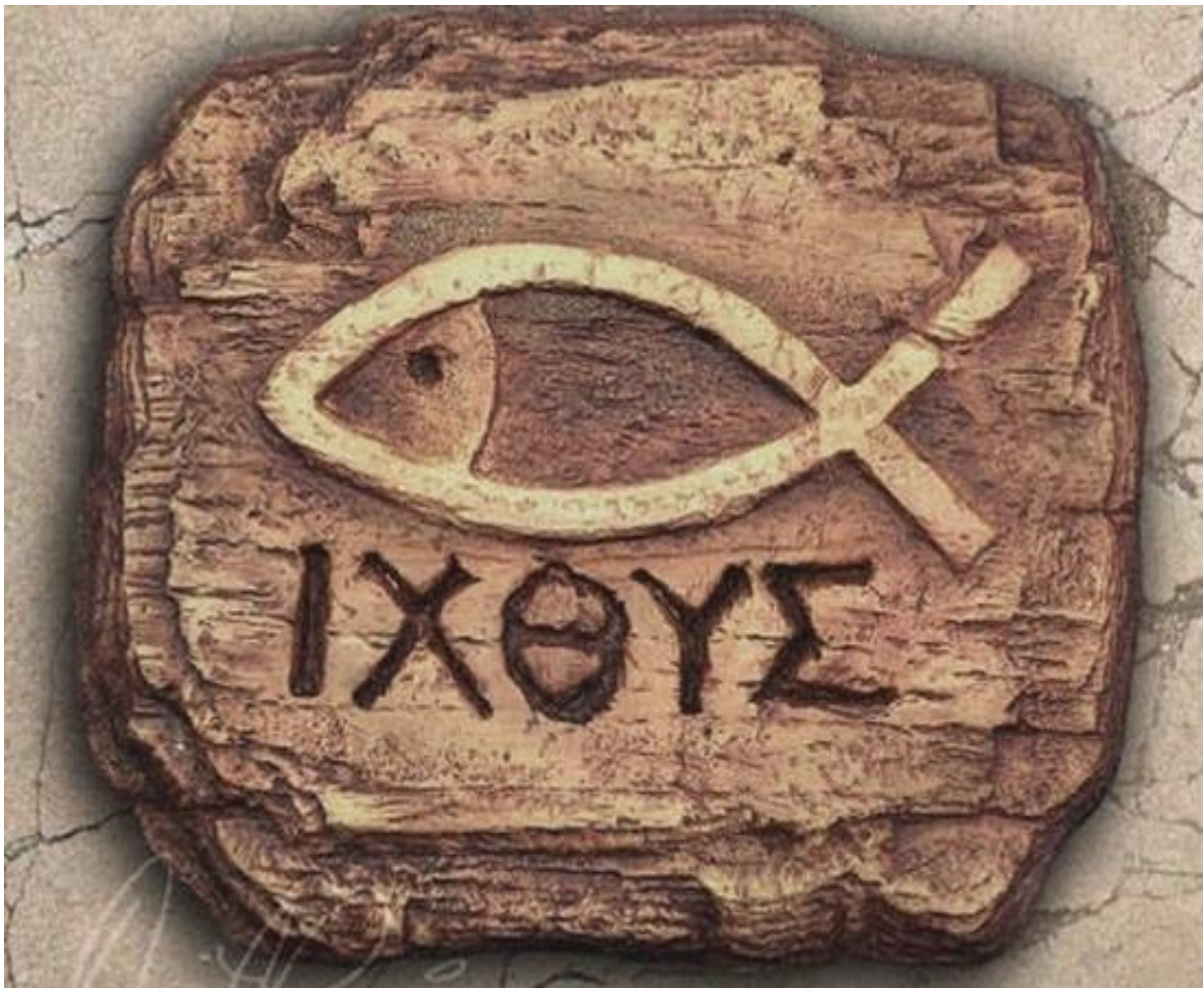


Sal y Luz

Domingo XVIII Tiempo Ordinario (A)- 2 de agosto de 2020

Nº37 Parroquia San Carlos Borromeo

Ante la multitud que lo seguía y —por decirlo así— no lo dejaba en paz, Jesús no reacciona con irritación, no dice: «Esta gente me molesta». No, no. Sino que reacciona con un sentimiento de compasión, porque sabe que no lo buscan por curiosidad, sino por necesidad. Pero estemos atentos: compasión no es sencillamente sentir piedad; es algo más! Significa compartir, es decir, identificarse con el sufrimiento de los demás, hasta el punto de cargarla sobre sí. Así es Jesús: sufre junto con nosotros, sufre con nosotros, sufre por nosotros. (3.8.2014-Papa Francisco)



*Comieron todos y se saciaron
Mt 14, 13-21*

COMENTARIO

Primera lectura: Is 55, 1-3: *Venid y Comed*

Salmo Resp. 144: *Abres tú la mano y nos sacias*

Segunda lectura: Rm 8, 35.37-39: *Ninguna criatura nos podrá separar del amor de Dios*

Evangelio: Mt 14, 13-21: *Comieron todos y se saciaron*

¡JESÚS!

Mi vida es recibir continuamente tu Vida

1.- Introducción:

Sabido es que Jesús realizó este milagro dos veces como él mismo lo recordará más adelante en la propia cita de Mt 5, 9-10 y Mc 8, 19-20. La diferencia recordada por el propio Jesús fue que en la primera alimentó a 5000 hombres con cinco panes y dos peces y se recogieron doce canastos de sobras, mientras que en la segunda se alimentaron 4000 personas con siete panes y se recogieron las sobras en siete canastos. Según esto la primera es la que refieren los cuatro evangelistas en los lugares arriba citados. (la segunda sólo recogida por Mt 15,32-39 y Mc 8,1-10).

El tenor del relato es el mismo en los cuatro evangelistas que describen la primera y en los dos que refieren la segunda:

-descripción del marco geográfico: Jesús cruza el lago y va a un lugar solitario donde le siguen por tierra las gentes (San Lucas precisa: Betsaida, patria de Pedro, Andrés y Felipe) (en la segunda no)

-se mencionan los milagros realizados al desembarcar.

-comprobación del hambre de la muchedumbre: los tres Evangelios sinópticos (Mt, Mc y Lc) dicen que los apóstoles se lo hicieron notar a Jesús y él les dijo que les dieran ellos de comer; San Juan refiere que Jesús le preguntó a Felipe donde se podría comprar pan y Felipe habló de lo que se necesitarían 200 denarios (San Marcos pone esto en boca de los apóstoles)

-Jesús manda preguntar si alguno tiene algo y le responden que solo cinco panes y dos peces (En San Juan es Andrés quien asegura que eso tiene un muchacho) Jesús manda que se los traigan.

-Jesús ordena que la gente se sienta sobre la verde hierba en grupos (por grupos de unos cincuenta, añade San Lucas)

-Jesús tomó los panes, pronunció la bendición o Acción de Gracias, los partió y se los dio a los discípulos para que se lo dieran a la gente.

-Comieron todos, se saciaron y recogieron las sobras en doce o (siete) canastos. San Juan indica que esto último lo hicieron por orden de Jesús: *recoged los trozos sobrantes para que nada se pierda.*

Los racionalistas de todos los tiempos en su persistente afán de negar todo lo que aparezca como preternatural o milagroso han tratado de explicar la multiplicación de los panes como la respuesta generosa de los presentes a la petición de Jesús: *dadles vosotros de comer.* Como el primer voluntario colaboró ofreciendo sus cinco panes y dos peces, de igual manera a continuación otros muchos fueron aportando las provisiones que llevaban consigo, y así pudieron comer todos hasta saciarse y aún dejarlo de sobra. No parece una mala enseñanza: La mayoría de los problemas de carencia en el mundo tendrían arreglo si los que poseemos más de lo estrictamente necesario tuviéramos la generosidad de compartirlo. Pero fue, es y será algo mucho más grande que esto... porque para empezar, fue un milagro.

No hay que echar en saco roto el último encargo de Jesús según San Juan al final del episodio: *recoged los trozos sobrantes para que nada se pierda.* En el contexto del milagro la recomendación puede resultar ociosa y extraña. Pero quizá en la mente de Jesús que está pensando en el valor ejemplar de lo sucedido -pudo saciar a la gente sin emplear los panes y peces del muchacho, pero quiso valerse de ellos como del agua en las Bodas de Caná- este encargo final **es una invitación al aprovechamiento de todas nuestras posibilidades en beneficio de los demás. ¡Cuántos talentos que Dios nos dio para que los empleáramos en beneficio de los demás, con la acción multiplicadora suya, se pierden sin cumplir su finalidad!**

De otro lado, la íntima relación de este episodio con el anuncio de la Eucaristía, al cual sirve de introducción a lo largo del capítulo sexto de San Juan, se deja sentir en los relatos sinópticos que refieren la acción de Jesús en este caso con los mismos términos con que más tarde, en la Última Cena, describirán la institución del Sacramento: ***tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio.***

Si maravillosa prueba del amor de Jesús a los hombres fue la multiplicación de los panes y los peces en aquel lugar desierto, **mucho más lo es la multiplicación de su presencia en los innumerables sagrarios de la tierra para alimento espiritual de cada uno de nosotros, sus discípulos.**

2.- El Ministerio de la Compasión

Hay una palabra que define la misión de Cristo entre los hombres: compasión. Para ser exactos, los evangelistas utilizan un verbo griego que, traducido literalmente, significa *estremecerse las entrañas*. Así lo dice el evangelio de este domingo cuando Jesús, al contemplar la multitud que le seguía para escucharle, *se le*

estremecieron las entrañas y curó a mucha gente (Mt 14,14). Esta compasión de Jesús es la misma que define al padre del hijo pródigo, cuando ve que retorna a casa; y la del buen samaritano que encuentra al herido junto al camino por donde pasa. Podríamos decir que la compasión es lo que el hombre experimenta cuando sus entrañas se estremecen ante el sufrimiento ajeno. **Movido a compasión, se hace solidario con su dolor y se compromete a aliviarlo.**

En el evangelio de este domingo, después de curar a la gente, Jesús realiza otro gesto de compasión. Al advertir que el día se ha echado encima y que están en despoblado, Jesús pide a sus discípulos que den de comer a la gente. Pero ellos le replican que sólo tienen cinco panes y dos peces. Jesús, entonces, ordena que se los traigan, manda que la gente se recosté en la hierba, bendice los panes y los peces y comienza a repartirlos entre sus discípulos para que estos se los hagan llegar a la gente. **Sus manos se convirtieron en una fuente inagotable de alimento.** Comieron hasta saciarse unos cinco mil hombres sin contar mujeres y niños y hasta recogieron doce cestos de sobras.

Para entender este gesto de Jesús -hay que entender las promesas, porque Jesús habla en clave de cumplimiento de las promesas- **conviene recordar que el profeta Isaías**, al anunciar la llegada de los tiempos mesiánicos, como narra la primera lectura de hoy, invitaba a sedientos y hambrientos a comprar trigo y comer sin pagar vino y leche de balde. **La llegada del Mesías se presentaba como tiempos de abundancia, en los que hasta los pobres se saciarían sin necesidad de tener que pagar nada. Todo sería gratis.** La misericordia de Dios lo suplía todo. Hasta el punto de que, al final de los tiempos, la imagen que utiliza el profeta es la de un gran banquete en la cima de un monte santo donde todas las ansias de la humanidad — el hambre y la sed son puras metáforas— quedarían saciadas. **Dios colmaría de felicidad a cada hombre.**

Es evidente que el milagro de la multiplicación de los panes y peces, signo de la compasión de Jesús, debe leerse con el telón de fondo de estas profecías que anuncian la llegada del Mesías. Y no porque Jesucristo haya venido a solucionar los problemas económicos del mundo, **sino porque sólo él, en razón de su ser y de su misión, es capaz de saciar al hombre con bienes que superan los materiales.** Por ello, cuando Jesús se da cuenta de que la gente le busca porque les ha dado de comer y desean hacerle rey, huye a la soledad del monte para dedicarse a la oración.

La Iglesia, se estremece, como Jesús, ante el dolor del mundo y, como fruto de su compasión, tiende la mano con sus muchas o pocas posibilidades para aliviar el hambre, la pobreza, la necesidad de los más pobres. En ocasiones da la impresión de que hace milagros con lo poco que tiene. Y hay que reconocer que algo de verdad

hay en esto, pues la providencia del Señor nunca falta. Pongamos un ejemplo: El Cottolengo. Dicha institución que toma su nombre del fundador San José Cottolengo, acoge a enfermos abandonados y sin recursos. Una de las singularidades de su funcionamiento es que han puesto el mantenimiento de los centros en manos de la Providencia. No cobran a los internos ni buscan fuentes estables de financiación. Saben que Dios pueden mantenerlos y lo hace. Son un signo viviente, para quien quiera verlo, de que verdaderamente hay un cuidado amoroso de Dios por los hombres.

Pero el milagro cotidiano que acontece en la Iglesia es el de transformar nuestro raquítrico egoísmo en la compasión misma de Cristo que se hace presente en los cristianos que le abren la puerta para que Él pueda seguir actuando con su infinita caridad. Se entiende así que la compasión atraiga los hombres a Cristo y a la casa común de todos que es la Iglesia.

3. Jesús, el alimento que perdura para la vida eterna.

La multiplicación de los panes y los peces despertó en los seguidores de Jesús la pregunta sobre si él sería el rey esperado. Su capacidad de alimentar a multitudes con solo cinco panes y dos peces suscitaba credibilidad. Asegurar el pan de cada día no es cosa baladí. Pero Jesús no es amigo de confusiones y, cuando comprende que quieren hacerle rey, huye a la soledad de la montaña para orar. Al regresar, establece un diálogo con la gente sobre los motivos por los que le busca. Les echa en cara que no le buscan por haber comprendido su autoridad moral y su enseñanza, sino porque han comido hasta saciarse, **olvidando que hay un alimento que perece y otro que perdura para la vida eterna.**

Si él ha multiplicado los panes y los peces no es para asegurar lo material de cada día, sino para que entiendan que puede darles aquello que sólo viene del cielo. Con su habitual pedagogía, Jesús intenta revelar al hombre que el deseo profundo del corazón va más allá de las necesidades materiales del momento, que, una vez saciadas, no dejarán al hombre satisfecho plenamente, pues la felicidad a la que aspira no es de orden material, sino espiritual.

El hombre que vive apegado a los sentidos corporales, aferrado a lo material, se hace incapaz, según san Pablo, de entender lo espiritual, que afecta al hombre en su dimensión trascendente. Hoy, dice el Papa Francisco, se impone la cultura dominante en la que ocupa el primer lugar *lo exterior, lo inmediato, lo visible, lo rápido, lo superficial, lo provisorio. Lo real cede a la apariencia* (EG 62). Duro lo tienen quienes se decidan a hablar del Espíritu y de lo espiritual como fundamento de la existencia humana. Dirán lo que le espetaron a san Pablo cuando, en Atenas, tuvo la

osadía de hablar de la resurrección: De esas cosas ya te oiremos en otra ocasión. Y le dieron la espalda.

Nuestra sociedad se ha conformado con aspirar a que este suspiro que es la vida, trascurra pacíficamente, sin sobresaltos, sin cuestiones inoportunas, como una pandemia, que nos aparten un ápice del disfrute sensual y hedonista que nos proponen los ideólogos del momento, profetas de la ensoñación y del divertimento. Proclaman a los hombres un elixir sin muerte, sin embargo, no logran apartarlos de lo real: la muerte que intentan olvidar. **De ahí que Jesús ofrezca un pan que da la Vida.**

Y tomando el paralelo de este Evangelio en el Evangelista San Juan, el relato seguirá diciendo que la muchedumbre al ver el milagro, querían hacerlo Rey y el se retiró a solas, al monte, a orar. Jesús hace un milagro, que es un prodigio portentoso. Por lo tanto, una intervención que no puede explicarse sólo por las leyes naturales, hay una intervención prodigiosa. Entonces, ¿qué es lo que pasa? Que la gente, ante esto, lo que quiere es hacer rey a Jesús, y Jesús se esconde, rechaza ese planteamiento: *vosotros me buscáis no porque habéis visto signos, sino porque habéis comido de los panes y os habéis saciado*. Vosotros buscáis prodigios, no me buscáis a mí. Jesús ha hecho un milagro y el milagro tiene una dimensión de portento, de prodigio, es algo maravilloso, entonces la gente **¿con qué se ha quedado? Con eso, que es verdad, porque además eso evoca el deseo que ellos tienen de cómo tiene que ser el mesías, un mesías triunfal, llamativo, que hace signos y prodigios y que satisface las necesidades materiales del hombre**. En lo que he hecho, os habéis quedado con lo prodigioso, con que es un milagro prodigioso y no habéis visto el signo, no os habéis dado cuenta de que lo que he hecho es un signo. ¿Es signo de qué? Y es justamente lo que va a explicar Jesús a partir de ahora. (en el Evangelio de San Juan) Dice: **obrad, trabajad, dedicaos a trabajar poniendo toda la entrega posible, no por el alimento perecedero, sino por el alimento que permanece para la vida eterna, el que os dará el Hijo del hombre, porque éste es a quien el Padre Dios ha marcado con su sello, éste es a quien el Padre ha consagrado**. Esto es lo verdaderamente importante para el hombre, trabajar para el alimento de la vida eterna. Y ese alimento de vida eterna lo da el Hijo del hombre, lo da Jesús, es el único que lo da, y además el dar alimento de vida eterna, es misión de Jesús y es la misión que le ha encomendado el Padre, para esto el Padre le ha consagrado, para que el hombre tenga el alimento de la vida eterna. Ellos le dicen: ¿qué hemos de hacer para obrar las obras de Dios? Mentalidad del judío, ley, obras, ésa es la mentalidad del judío. Entonces es, ¿qué hemos de hacer para obrar las obras de Dios? Y Jesús

no va a hablar de obras, **sino de una sola obra, de una sola obra o de un solo trabajo, que se puede decir de las dos maneras, la obra de Dios es que creáis en quien El ha enviado, es decir, creer en Cristo, creer en Jesucristo, ésa es la obra de Dios. ¿Qué es lo que quiere Dios del hombre? La obra fundamental y primera que Dios quiere del hombre es que creáis en Jesucristo, el enviado del Padre.**

Y entonces le dicen... ¿qué signo haces para que creamos en Ti, qué obra realizas? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, según está escrito, pan del cielo les dio a comer. Y contesta Jesús: *en verdad os digo, no fue Moisés quien os dio pan del cielo, es mi Padre el que os da el verdadero pan del cielo, porque el pan de Dios es el que baja del cielo y da la vida al mundo.* Bueno, entonces ¿qué hacen los judíos? Dios a través de Moisés dio un pan, pero ese pan no era pan del cielo, era pan terrestre conseguido de modo prodigioso, porque era maná, era para comer. En el desierto hay que comer porque sino te mueres, hay que alimentarse, alimento natural. Entonces para alimentar al pueblo y que no se muriese en el camino del desierto, Dios lo proveyó con un maná, que era pan, era comida natural, pero milagrosamente obtenida, porque venía a través de una acción de Dios. **Entonces no es pan del cielo, es alimento terreno pero conseguido por intervención de Dios.** Pero es que Jesús está hablando de otra cosa, está hablando de un pan que **te da vida de Dios.** Lo que vino con Moisés no es pan del cielo, sino pan para alimentarte en el camino de la tierra, para cruzar el desierto, y de hecho, en cuanto entran en Caná, en la tierra prometida, en Palestina, desaparece el maná, **porque el maná tenía la función de alimentar en el desierto.** En cambio, el pan que va a dar Jesús es siempre **para el camino en esta tierra, y desaparecerá cuando llegemos a la tierra prometida, que es Dios mismo, es el cielo.** El verdadero signo que os da Dios es éste, **que os va a dar la vida eterna a través del pan que baja del cielo, éste el gran signo. Y entonces dicen: Señor, danos siempre de ese pan, y entonces viene el momento central de la revelación de Jesús: Yo soy el pan de la vida, el que venga a Mí no tendrá hambre, y el que crea en Mí no tendrá nunca sed.** Jesús, pan de vida, que sacia la sed y el hambre del hombre, Jesús, que es el único que sacia el deseo profundo de vida y de felicidad del hombre.

Resumiendo: lo que ha dicho Jesús es que Él es el Pan de Vida, el verdadero alimento que da la vida que el hombre necesita. El hombre vive una vida a ras de tierra, y sus proyectos los proyecta a ras de tierra, y por eso su planteamiento de vida es cómo satisfacer sus necesidades de tejas para abajo, en una vida natural. **El hombre no ha sido creado para vivir una vida meramente natural, el hombre ha sido creado para vivir la vida de Dios. Por eso, lo que verdaderamente el**

hombre necesita es alimentarse, recibir la vida eterna, que es la cuestión decisiva de la existencia del hombre. Para que eso sea posible, participar en la vida eterna, el hombre puede recibirla y participar de ella gracias a Jesús, **a Jesucristo, que es el único que puede hacernos partícipes de la vida eterna, el único.** ¿Cuál es camino para poder participar de esa vida? La fe. La fe es lo que abre al hombre el camino para recibir la vida que sólo da Jesús, más aún, Jesús mismo es la vida del hombre, es el pan vivo, el pan de la vida. Cuando el hombre se abre a Jesús y recibe a Jesús, que es pan de vida y vida del hombre, Jesús sacia el hambre y sacia la sed del hombre, de manera que el hombre encuentra su felicidad y su plenitud acogiendo a Jesús. De tal manera que el que cree en Él tiene vida eterna, y no tiene ya más hambre y sed de otros “manjares” que prometen lo que no pueden dar.

EL COMENTARIO DE LOS PADRES

De los sermones de san Agustín, obispo. (Sermón 335, 1-2: PL 38, 1470)

Rom 8,35.37-39: Ellos sufren todo eso por el oro, nosotros por ti

Tratándose de la fiesta de los santos mártires, ¿de qué podemos hablar mejor que de la gloria de los mismos? Ayúdenos el Señor de los mártires, puesto que él es su corona. Hace poco escuchamos al bienaventurado apóstol Pablo que pregonaba el grito de los mismos mártires: ¿Quién nos separará del amor de Cristo? Tal es el grito de los mártires. ¿La tribulación? ¿La angustia? ¿La persecución? ¿El hambre? ¿La desnudez? ¿Los peligros? ¿La espada? Porque está escrito: «Por ti somos mortificados todo el día y considerados como ovejas de matadero». Pero en todas estas cosas vencemos por aquel que nos amó.

Éste es el grito de los mártires: soportarlo todo, no presumir de sí mismos y amar a quien es glorificado en los suyos, para que quien se gloríe, se gloríe en el Señor. Ellos conocían también lo que hace poco hemos cantado: Alegraos en el Señor y exultad, justos. Si los justos se alegran en el Señor, los injustos no saben alegrarse más que en el mundo.

Pero éste es el primer ejército que hay que vencer: primero hay que vencer al placer y luego al dolor. ¿Cómo puede superar la crueldad del mundo quien es incapaz de superar sus halagos? Este mundo halaga prometiéndole honores, riquezas, placer; este mundo amenaza sirviéndose del dolor, la pobreza y la humillación. Quien no desprecia lo que él promete, ¿cómo puede vencer sus amenazas? Las riquezas causan su propio deleite; ¿quién lo ignora? Pero la justicia lo tiene aún mayor.

El Apóstol pasó ciertamente por alto todos los halagos del mundo, y quiso que los recordases tú, el halagado por el mundo. ¿Por qué? Porque anunciaba de antemano los combates de los mártires; aquellos combates en que vencieron la persecución, el hambre, la sed, la penuria, la deshonra y, por último, el temor de la muerte y al más cruel de los enemigos.

Mas considerad, hermanos, que todo es obra del arte de Cristo. El Apóstol nos invita a preferir el amor de Cristo al del mundo. ¿Cuántas estrecheces han de pasar quienes quieren robar cosas ajenas? ¿La persecución? Ni la persecución los quiebra. El avaro dice en su corazón lo que quizá no se atreve a decir con su lengua: ¿Quién nos separa de la ambición del oro? ¿La tribulación? ¿La angustia? ¿La persecución? También los avaros pueden decir al oro: «Por ti somos llevados a la muerte día a día».

Con razón, pues, dicen los santos mártires en el salmo: Júzgame, ¡oh Dios! y distingue mi causa de la de la gente malvada. Distingue, dijo, mi tribulación, pues tribulaciones las sufren también los avaros. Distingue mis angustias, pues las sufren también los avaros. Distingue mis persecuciones, pues las sufren también los avaros. Distingue mi hambre, pues, con tal de adquirir el oro, la sufren también los avaros. Distingue mi desnudez, pues por el oro se dejan desnudar también los avaros. Distingue mi muerte, pues por el oro mueren también los avaros.

¿Qué significa: Distingue mi causa? Por ti somos llevados a la muerte día a día. Ellos sufren todo eso por el oro, nosotros por ti. La pena es igual, pero distinta la causa. Si la causa es distinta, la victoria está asegurada. Por tanto, si miramos a su causa, amaremos estas fiestas de los mártires. Amemos en ellos no sus sufrimientos, sino la causa de los mismos; pues, si amamos solamente sus sufrimientos, encontraremos a muchos que sufren cosas peores por causas malas.

Pero fijémonos en la causa; mirad la cruz de Cristo; allí estaba Cristo y allí estaban los ladrones. La pena era igual, pero diferente la causa. Un ladrón creyó, otro blasfemó. El Señor, como en el tribunal, hizo de juez para ambos; al que blasfemó lo mandó al infierno; al otro lo llevó consigo al paraíso. ¿Por qué esto? Porque, aunque la pena era igual, la causa de cada uno era diferente. Elegid, pues, las causas de los mártires si queréis alcanzar la palma de los mártires.

San Atanasio, obispo. El que tenga hambre que acuda a Él, Carta Pascual nº 24

Cada uno de los santos debió evitar «la vía ancha y espaciosa» (Mt 7,13), para permanecer sólo, aparte, y allí, vivir en la virtud: Elías, Eliseo, Jacob [...] El desierto y el abandono de los tumultos de la vida le proporcionan al hombre la amistad de Dios; así Abraham, cuando salió del país de los caldeos, fue llamado «amigo de Dios» (Jc 2,23). El gran Moisés también, en el momento de su salida del país de Egipto [...] habló con Dios cara a cara, fue salvado de las manos de sus enemigos y atravesó el desierto. Todos ellos son la imagen de la salida de las tinieblas hacia la luz admirable, y de la subida hacia la ciudad que está al cielo (He 11,16), la prefiguración de la verdadera felicidad y de la fiesta eterna.

En cuanto a nosotros, tenemos cerca de nosotros la realidad que sombras y símbolos anunciaban, quiero decir la imagen del Padre, nuestro Señor Jesucristo. Si lo recibimos como alimento en todo tiempo, y si marcamos con su sangre las puertas de nuestras almas, seremos liberados de los trabajos del Faraón y sus inspectores (Ex 12,7; 5,6s). [...] Ahora hemos encontrado el camino para pasar de la tierra al cielo... En otro tiempo, a través de Moisés, el Señor precedía a los hijos

de Israel en una columna de fuego y de nubarrón; ahora, él mismo nos llama diciendo: «Si alguien tiene sed, que venga a mí y que beba; del que cree en mí, brotarán ríos de agua viva que saltarán hasta la vida eterna» (Jn 7,37s).

Que cada uno se prepare pues con un deseo ardiente para ir a esta fiesta; que escuche al Salvador llamarlo, porque es él quien nos consuela a todos y cada uno en particular. El que tenga hambre que acuda a Él: Él es el verdadero pan (Jn 6,32). El que tenga sed que venga: Él es la fuente de agua viva (Jn 4,10). Que el enfermo venga a Él: es el Verbo, la Palabra de Dios, que cura a los enfermos. Si alguien está agobiado por el peso del pecado y se arrepiente, que se refugie en sus pies: Él es el descanso y el puerto de la salvación. Que el pecador tenga confianza, porque dijo: «venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, que yo os aliviaré» (Mt 11,28).

CARTA A TEODORO

Querido Teodoro:

¡Que Jesús, nuestro inseparable vivir, esté siempre en tu corazón!

Que alegría tan grande al recibir tu última carta. Llevaba tiempo esperando noticias tuyas y por lo que me cuentas te vas unos días de Ejercicios. Que el Señor te aumente y fortalezca la fe.

Si te has acercado a las lecturas de hoy habrás podido comprobar que el pueblo aquel estaba en despoblado, es descampado, lejos de la posibilidad de adquirir alimento. Habían ido allí con el hambre de la predicación de Jesús, con el deseo de escuchar a aquel hombre del que se decían tantas cosas, desde que estaba loco hasta que era el Mesías y el Salvador del mundo. Y habían estado escuchando su palabra y ahí se encontraron y atardecía, y Jesús multiplica el pan para que aquella multitud pueda saciarse.

No es difícil transportar una situación como la que describe la multiplicación de los panes, no es para nada difícil trasladarla a nuestro mundo. Con frecuencia se dice que los que vivimos en unas sociedades desarrolladas del capitalismo tardío, vivimos en un desierto moral. Y no es mala imagen: estamos faltos de pan, faltos de agua. Faltos de agua y de pan, no del alimento, que perece, que de ese tenemos, gracias a Dios, de sobra y de mucha sobra, **sino de esperanza, de gusto por la vida, de humanidad, de razones para amar la vida, de razones para tratarnos bien unos a otros, para respetarnos, para escucharnos y mirarnos con afecto.**

Ese es el desierto moral, el desierto moral es un desierto siempre de humanidad. Es una crisis de humanidad: no sabemos ya quiénes somos, no sabemos para qué estamos aquí, no sabemos cuál es el contenido, y la razón, y los motivos, y las orientaciones para vivir, para vivir plenamente nuestra humanidad como personas.

Y Jesús, con la multiplicación de los panes, habla a este hombre que vive una vida a ras de tierra con sus proyectos a ras de tierra, y le dice que lo que verdaderamente el hombre necesita es alimentarse recibiendo la vida eterna. Que esa es la cuestión decisiva de la existencia del hombre. ¿Por qué? porque sólo en Él, que es el Pan de Vida, se encuentra el sentido (contenido y dirección) de la vida. Sólo Él, enseña al hombre cómo ser hombre y la sublimidad de su vocación.

Que tengas unos días bendecidos por el Señor y recibe un abrazo de tu amigo Doroteo.